

M. TARRADELL

VALENCIA, CIUDAD ROMANA: ESTADO ACTUAL DE LOS PROBLEMAS

La conmemoración del XXI centenario de la fundación de Valencia parece momento oportuno para una revisión y puesta al día de los problemas esenciales que plantea la historia romana de la ciudad, comenzando por el de la fundación y continuando por el período antiguo hasta la conquista musulmana. Evidentemente, lo ideal hubiera sido haber podido conseguir la publicación de un estudio más amplio. Pero las cosas no están suficientemente maduras para ello. Hemos de limitarnos a plantear la problemática e indicar los puntos que parecen ya resueltos o en camino de solución. Es lo que nos proponemos en estas notas, que, a pesar de todo, creemos aportarán algunas novedades. Nuestro ensayo no parte de bases cómodas. En primer lugar será preciso desmentir algunas ideas todavía vivas en determinados ambientes, que no por estar menos informados dejan de pesar en la opinión. Por otra parte —y ello es más grave— la casi totalidad de los datos arqueológicos obtenidos en los últimos veinte años, fundamentales para nuestro estudio, son inéditos. Nos vemos obligados, pues, a realizar un ensayo de síntesis a base de materiales que en su mayoría no han sido publicados o no lo han sido en forma conveniente. Hasta el momento en que se disponga de una base documental bien estudiada y publicada —aunque el número de hallazgos no aumentara y fuera preciso basarse en los exhumados hasta la fecha—, no podrá escribirse la monografía que la Valencia romana puede tener y merece. Hoy por hoy no hay más solución que esbozar las grandes líneas, dejando en segundo plano una serie de problemas interesantes y sugestivos, pero que no afectan lo esencial de la línea histórica.

I

LOS HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS

Sin pretender aquí entrar en detalles, es indispensable que, como antecedente de los problemas que hemos de discutir, hagamos un resumen previo de los hallazgos de materiales sobre los que es preciso basarse. La historia de la investigación

arqueológica del subsuelo de la ciudad de Valencia puede dividirse en tres etapas: la primera, desde los tiempos del Renacimiento hasta mediados del siglo XIX; la segunda, correspondiente a la segunda mitad del siglo pasado y comienzos de éste, y la tercera, que abarca los últimos cuarenta años, cuando la ciudad ha dispuesto de instituciones especialmente dedicadas a los estudios de arqueología.

De la primera época poco es preciso añadir a las noticias ya recogidas en las obras que podríamos llamar clásicas. Es evidente que desde épocas más remotas debieron de realizarse hallazgos, más o menos esporádicos, de piezas romanas con motivo de obras y remociones del suelo. Pero, como siempre, hasta que la corriente renacentista alcanzó a estas tierras los datos faltan. La primera noticia importante, ya debidamente recogida, la tenemos con motivo de las obras de construcción del actual templo de la Virgen de los Desamparados, en el siglo XVII. Situado en el centro mismo de la ciudad romana, las fundaciones abiertas para elevar el templo dieron como resultado la aparición de una serie de restos arquitectónicos y epigráficos —conservados en su mayor parte todavía hoy en la fachada del mismo— que fueron objeto de una monografía, la primera dedicada a estudiar con criterio «científico» un lote de antigüedades valentinas¹. Antes, otras habían sido salvadas, pero tuvieron menos suerte. Escolano², que por su condición de eclesiástico no parece autor suspecto en este asunto, asegura que Juan de Celaya, en 1518, había dado orden de hacer desaparecer un lote de «piedras romanas», mandándolas enterrar en las fundaciones de los pilares del puente de Serranos, reconstruido en aquella fecha, después de la riada de 1517. La noticia fue reproducida, dándola por buena por la mayoría de los autores posteriores que se han ocupado de la Valencia romana. Fray José Teixidor la rebatió³ alegando falta de noticias concretas, y es difícil decidirse ante la vaguedad de los datos aportados por el acusador y por el defensor. La filiación de Celaya, intelectual destacado dentro del mundo valenciano, de la tendencia antirrenacentista, de la «impermeabilización» (utilizando el famoso término de Reglá), permite suponer la posibilidad de que se esforzara en borrar los vestigios del temido paganismo en su ciudad. Sea como sea, lo curioso del caso es que el defensor de Celaya, el P. Teixidor, en el mismo artículo en que desmiente el «entierro de piedras romanas» bajo el puente de Serranos, no tiene más remedio que aceptar otro dato, éste al parecer indiscutible, que recoge Vicente del Olmo en su citada *Lithología*⁴. Por él sabemos que, el arzobispo Fray Isidoro Aliaga «mandó picar y borrar las piedras que estaban en la Iglesia Mayor; y aunque no se podía recelar riesgo alguno de renovarse en ella el culto que en tiempo de los romanos tuvieron, pero juzgó indecente que inscripciones tan profanas ocuparan lugar tan sagrado y eminente, dejando las demás que vemos en otros lugares públicos». Al parecer, el arzobispo siguió a rajatabla lo que se había mandado en el concilio provincial reunido en 1565 y que debía de referirse, al parecer, sólo a las piedras romanas contenidas en el interior de las iglesias. Así, como consecuencia

¹ OLMO, 1635.

² ESCOLANO, 1610-11.

³ TEIXIDOR, 1892.

⁴ OLMO, 1635.

de las luchas ideológicas del siglo XVI, con el triunfo de los que luego serán denominados oscurantistas, se perdió el primer lote de restos romanos valentinos, fundamentalmente inscripciones. De modo que hoy el episodio es casi más interesante para la comprensión del hundimiento intelectual de la ciudad en el siglo XVI que para la historia romana de Valencia.

Con este espíritu amargado y cerrado contrasta la forma en que fueron tratadas las lápidas romanas en los dos siglos siguientes. Ya hemos visto que cuando aparecieron las de las obras de la capilla de la Virgen fueron respetadas, emplazadas en la fachada del nuevo templo y se les dedicó una monografía, cien años después de los hechos que acabamos de reseñar. Y cuando en el XVIII apareció la lápida dedicada a Isis en las orillas del Turia todavía se hizo más: se levantó un pequeño monumento conmemorativo del hallazgo, en el que se colocó la inscripción romana, añadiéndosele otra en que, en latín, se da cuenta de la aparición y se decoró el monumento con emblemas copiados de las monedas latinas de *Valentia* (cuya interpretación popular ha dado nombre al lugar: Paseo de la Pechina).

No es preciso detallar las subsiguientes apariciones de restos romanos, sino señalar algo que tiene importancia para la valoración de lo que fue la ciudad romana. A saber, que casi todas las noticias que pueden reunirse a través de los autores más o menos contemporáneos, hasta muy entrado el siglo XIX, se refieren a hallazgos de lápidas, exclusivamente de lápidas, reunidas por Hübner en la parte correspondiente del *Corpus Inscriptionum Latinarum* (II y Suplemento), con la bibliografía, a la que nos remitimos. Sin duda hubo hallazgos de los «pequeños» materiales a los que hoy los arqueólogos damos tanta importancia como documentos históricos precisos y preciosos y que pasaron inadvertidos, como era natural en la época. Ahora bien; es evidente que de haberse producido hallazgos de tipo monumental, más espectaculares, como restos de grandes edificios, estatuas y mosaicos, nos hubiera llegado la noticia y seguramente parte de los materiales, como ha sucedido con las inscripciones. Este vacío nos ilustra sobre ciertos aspectos de *Valentia*, sobre los que hemos de volver más adelante, a la hora de valorar lo que fue la ciudad imperial.

De escaso interés la segunda etapa, que corresponde a las últimas décadas del siglo pasado y a las dos primeras del actual. Representa, sobre todo, un paréntesis entre la vieja y sólida erudición antigua y los métodos y técnicas modernos. Poco hay que señalar por lo que respecta a nuevos hallazgos, y los estudios publicados no brillan ni por su cantidad ni por su calidad, hasta el punto que la mayoría de las noticias hay que buscarlas en la prensa local o en publicaciones al margen de las dedicadas a temas históricos o científicos. La existencia de la Sociedad Arqueológica Valenciana (1871-1882) no representó ningún adelanto apreciable por lo que respecta al estudio de la arqueología de la ciudad, a pesar de que en otros campos allegó alguna aportación interesante. Tampoco se hallan apenas noticias sobre el tema en la famosa revista histórica *El Archivo*, que publicó durante varios años en Denia el canónigo Chabás, dedicada a la historia y arqueología valencianas.

Algunos elementos aparecidos en el subsuelo de Valencia durante este período aportaron nuevos elementos de estudio. Pero en otros casos se perdieron datos impor-

tantes, como las tumbas y cerámicas aparecidas cuando las obras del nuevo Mercado Central, por falta de alguna institución dedicada al estudio de las antigüedades locales, con suficiente fuerza legal para actuar sobre los propietarios de los terrenos afectados.

Entre los estudios de conjunto aparecidos durante este período merecen ser reseñados los del canónigo Sanchis Sivera, que recogió las inscripciones, añadiendo las aparecidas posteriormente a la publicación de C. I. L., y ensayó una síntesis sobre los primeros siglos del cristianismo en la ciudad y territorio de su actual obispado⁵. Este estado de cosas cambió en la tercera década del siglo. Se crearon, sucesivamente, el laboratorio de Arqueología, en la Facultad de Letras de la Universidad, y poco después el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación, con lo que se produjo una considerable renovación de nuestros estudios, al contar con instituciones idóneas. Entre los miembros del citado laboratorio (origen remoto del nuestro) el interés por las primeras fases de la historia de la ciudad fue decidido, y uno de sus miembros, don Nicolás-Primitivo Gómez Serrano, realizó una interesante labor de prospección aprovechando toda clase de obras que exigían remociones del subsuelo, en especial las de los años 1927-28 con motivo de la instalación de las líneas telefónicas y el nuevo alcantarillado⁶, si bien en la mayor parte de su trazado tales obras no alcanzaron la suficiente profundidad para llegar al nivel romano.

El S. I. P. se ocupó mayormente de la prehistoria del País Valenciano, pero intervino asimismo en la salvación de algunos de los materiales arqueológicos de la ciudad, como los aparecidos con motivo de la ampliación del palacio de la Generalitat, cuyo estudio detallado se publica por vez primera en este mismo número de SAITABI.

Sin embargo, la presencia en la ciudad de equipos estables de alta calidad y con amplias posibilidades de publicación tenía que reflejarse, como es lógico, a la hora de valorar los datos que el suelo iba revelando.

Después de la guerra civil última, al abrirse la nueva avenida que partió el barrio establecido en el siglo XIV, llamada popularmente avenida del Oeste y oficialmente del Barón de Cárcer, motivó el descubrimiento de una importante necrópolis, que por el nombre antiguo del lugar fue denominada de «La Boatella». Los primeros sepulcros fueron descubiertos en 1945⁷, y como consecuencia, el Ayuntamiento se planteó la necesidad de crear un servicio municipal permanente destinado a la vigilancia de las obras que se producían con motivo de las renovaciones urbanas. Así nació el actual Servicio Municipal de Arqueología, vinculado al Archivo y Museo del Ayuntamiento, cuyas funciones continúan. Durante casi veinte años ha existido, pues, por vez primera, la posibilidad de que no se pierda apenas ningún dato de interés arqueológico. El Servicio mencionado ha realizado dos funciones: por una parte ha recogido elementos sueltos hallados esporádica-

⁵ SANCHIS SIVERA, 1920.

⁶ GÓMEZ SERRANO, 1932.

⁷ BALLESTEROS, 1947; ARANDA, 1947; ARES, 1947.

mente en el recinto urbano pertenecientes a los tiempos primeros de la ciudad —romanos— hasta los medievales, y por otra parte ha realizado excavaciones en solares vacíos, a continuación de los derribos de los edificios que los ocupaban, cuando se ha demostrado la existencia de restos de importancia. Para la confección del plano arqueológico valentino han resultado también interesantes los datos negativos que se han ido revelando, marcándose así, junto a las zonas fértiles, las estériles, en las que bajo las capas medievales se halla la tierra virgen, interesantes igualmente para la delimitación del *habitat* antiguo.

Aparte de la excavación de la necrópolis tardo-romana de la Boatella, que dio origen al citado Servicio, y cuya exploración ha seguido, después de haberse exhumado ya la zona principal, en 1956, 1957 y 1962, las zonas en las que se han realizado trabajos de mayor envergadura han sido: el subsuelo del palacio Arzobispal, lindante con la Seo; la plaza de la Reina y, sobre todo, el solar de la plaza de la Virgen esquina a la calle de Caballeros. En todas estas zonas se han podido realizar estratigrafías que alcanzan desde el nivel actual de las calles hasta la tierra virgen, con lo que se han obtenido cortes en los que aparece todo el proceso de la ciudad desde sus primeros tiempos, inmediatos a la fundación, hasta los últimos siglos. Otros resultados interesantes han sido la extracción de un mosaico romano (el de la Medusa) en la calle del Reloj Viejo —el único mosaico de cierta calidad hallado hasta ahora en Valencia—, la delimitación de algunas zonas del trazado de la muralla medieval (árabe), etc.

Si las exploraciones del Servicio Municipal han sido muy fecundas no puede decirse lo mismo, desgraciadamente, de la segunda parte de la labor: el estudio sistemático de los hallazgos y su publicación. En este sentido el vacío es absoluto. Ni uno solo de los importantes descubrimientos en los que el Servicio ha intervenido ha sido publicado en forma correcta (o incluso en forma de noticia preliminar, aprovechable para la historia) hasta el momento de redactar estas líneas⁸. Este es el *handicap* a que nos referíamos en los primeros párrafos de nuestro artículo, y ello es especialmente grave por cuanto estos datos, nuevos, han venido a aportar una documentación de primer orden para la historia de *Valentia*. Gracias a la posibilidad que hemos tenido de seguir de cerca algunas de las excavaciones del Servicio (las desarrolladas a partir de 1956) podemos aprovechar la experiencia para la redacción de estas notas. Sin embargo, no se podrán valorar a fondo los materiales obtenidos hasta el día (que es de esperar no sea lejano) que un equipo de especialistas pueda estudiar la gran masa de materiales acumulados en almacenes municipales y publicarlo en debida forma. Podemos avanzar que el lote de cerámicas romanas en tales condiciones constituyen una de las colecciones más importantes reunidas en la Península en los últimos años.

A medida que vayamos discutiendo los problemas concretos será preciso hacer referencias a los principales hallazgos a que ahora nos referimos, y si bien tendremos que hacerlo en forma breve y esquemática, sin la aportación de los indispen-

⁸ Constituye una honrosa excepción el caso de la necrópolis hallada recientemente bajo el solar del teatro Serrano, que su excavador publica en este mismo número de SAITABI.

sables datos concretos, rogamos al lector que nos conceda un margen de crédito en nuestras afirmaciones, ya que, por lo menos, hemos sido testigos presenciales de parte de los referidos trabajos y hemos podido obtener, en grandes líneas, los elementos históricos esenciales.

EL PROBLEMA DE LA VALENCIA PRERROMANA: LA SUPUESTA TYRIS

La existencia de una población indígena prerromana en el mismo lugar que ocupó la colonia *Valentia* y la Valencia actual es el primer problema con que topamos al enfrentarnos con la historia antigua de la ciudad. La corriente erudita, sobre todo viva entre los historiadores locales, ha aceptado plenamente la identificación Tyris-Valencia, y ha conseguido gran divulgación. Hoy día así lo creen casi todas las personas cultas de la ciudad, hasta el punto que el nombre de la supuesta Valencia indígena ha sido utilizado incluso para bautizar cafeterías y cines. Existe además una franca resistencia ante la negativa a que nos inclinamos hoy algunos de los estudiosos del pasado de Valencia. Discutir este punto tiene a menudo, en el ámbito local, implicaciones sentimentales. El prestigio del mundo indígena —ibérico— induce, en general, a los valencianos a preferir orígenes anterromanos para su ciudad.

Sin embargo, las bases sobre las que se ha edificado la teoría no pueden ser más débiles. Una sola cita textual, contenida en el Periplo de Avieno, en la que, además, no se precisa en absoluto la ubicación de Tyris.

No es éste lugar apropiado para discutir el complejo problema del crédito que ha de merecer el Periplo citado, titulado *Ora Maritima*, escrito por un poeta mediterráneo del siglo IV de nuestra Era, Rufo Festo Avieno, sobre textos mucho más antiguos, quizá del siglo V AJC. No olvidemos que se trata, en definitiva, no de un texto de información geográfica, sino de un ejercicio literario, poético, escrito según la moda arcaizante del período de la Baja latinidad, con finalidad estética y no científica. El hecho que hoy nos interesa sólo desde el punto de vista de la información que pueda proporcionarnos sobre el estado de cosas de las costas peninsulares anterior a la ocupación romana no debe hacernos olvidar que para su autor lo que importaba era el poema y no los detalles geográficos que ahora —y desde el Renacimiento— ha sido lo único que interesa y que se discute de este texto nebuloso.

Pasemos, para abreviar, el problema de las interpolaciones, es decir, fijar lo que Avieno copió de las fuentes griegas utilizadas y lo que añadió por su cuenta. Pasemos también la cuestión de la fidelidad de las transcripciones que podemos manejar. Pasemos finalmente la exactitud de las identificaciones y de los comentarios de la versión más divulgada entre nosotros, la de Schulten⁹, que no es la única, como parecen creer algunos que toman a la letra el libro del famoso sabio alemán, que, según su mala costumbre, no cita opiniones ajenas cuando difieren de las pro-

⁹ *Fontes Hispaniae Antiquae*, edit. por la Universidad de Barcelona, 1.^ª (1922) y 2.^ª ed. (1955).

pías. Lo único que aquí ahora nos interesa que quede claro es: 1) Que el texto de Avieno hay que tomarlo, en cuanto a información geográfica, con suma precaución. 2) Que sus interpretaciones, en lo que se refiere tanto a problemas de orden general como a localizaciones concretas, difieren según los autores.

Con tales antecedentes veamos en qué puede justificarse la identificación Tyris-Valencia.

El poema, después de describir rápidamente la costa meridional valenciana, citando Hemeroscopeion y una ciudad llamada Ilerda (que nada tiene que ver, como es natural, con la capital de los ilergetes) y una vez señalada la desembocadura del Júcar y otra población cuyo emplazamiento no ha podido ser fijado con seguridad, se refiere al río Tyrius, que baña, dice, la ciudad de Tyrís¹⁰. La noticia es brevísima y muy incierta. Y si bien parece aceptable que el río mencionado sea el Turia, el único dato que el Periplo nos da para la situación de Tyrís es que se halla junto al río. Nada más. Que tuviera que estar precisamente dondè después se edificó Valencia es una deducción de los comentaristas modernos: el texto no especifica más que la ciudad se halla junto al río.

No hay otro texto antiguo en que aparezca referencia alguna a Tyrís. Los textos latinos posteriores a la documentación que se supone utilizada por Rufo Festo Avieno y que reflejan una información mucho más sólida de la geografía del país, un conocimiento directo, ignoran a Tyrís. Ante este hecho caben varias posiciones: suponer que la cita de Avieno no es segura; imaginar que en la segunda parte del siglo III y durante el II AJC., cuando tiene lugar la ocupación romana, la ciudad ya no existía porque había sido destruida; o propugnar que perdió importancia y por ello no es necesario que fuera citada precisamente en las fuentes que han llegado hasta nosotros, que son sólo una parte de la literatura geográfica e histórica elaborada por los autores latinos. Y, finalmente, la opinión más seguida: pensar que el nombre de Tyrís desaparece porque fue sustituido por el de *Valentia*, que se fundó sobre el solar ocupado por la antigua población indígena.

En todo caso hay un hecho claro, sobre el que conviene insistir: cualquiera que sea el crédito que otorguemos al Periplo de Avieno como fuente histórica para detalles concretos, independientemente de las cuestiones de crítica textual, no hay ninguna razón suficiente para asegurar que en el Periplo se dice que Tyrís estuvo donde después Valencia, como tan a menudo se ha venido interpretando. Se trata de una apreciación puramente subjetiva, que se acepta o no según el criterio personal de cada autor o comentarista. Es uno de tantos problemas derivados de las fuentes clásicas que no tienen solución si no es posible obtener documentos más seguros por otros caminos.

Afortunadamente para la historia de Valencia, la documentación arqueológica comienza a tener un peso considerable para que podamos dar el problema, si no como resuelto en forma total y definitiva, sí por lo menos de modo prácticamente

¹⁰ Versos 481-482:

*neque longe ab huius fluminis divortio
p'ae stingit amnis Tyrius oppidum Tyrin*

seguro. En las numerosas investigaciones efectuadas en tantos puntos de la ciudad antigua, que corresponde a su área romana, nunca hasta hoy han aparecido vestigios de un núcleo urbano anterior a fines del siglo II AJC., es decir, a la fecha de fundación de la ciudad latina, en 138, reportada por Tito Livio. Dado que no quedan ya amplios espacios para sondear, la hipótesis de una ciudad prerromana bajo el subsuelo de Valencia, se llamara o no Tyrís, se desvanece.

Es curioso observar que los primeros resultados obtenidos a través del método arqueológico fueron interpretados al revés y parecieron a algunos autores la confirmación de la existencia de Tyrís o, en todo caso, de un centro urbano ibérico. El argumento utilizado fue la aparición de cerámica ibérica en las capas profundas de Valencia. El argumento era simple: si existe cerámica ibérica es que indudablemente existió una población ibérica anterior a la romana. No se valoró el que junto con dichos fragmentos de alfarería, en el mismo nivel, se hallaban asimismo cerámicas romanas republicanas de importación, cosa que no debe sorprendernos, pues las piezas citadas, pertenecientes a los tipos campanienses, no se consiguieron fechar con exactitud hasta después de 1950. Tampoco se tuvo en cuenta que la cerámica indígena, ibérica, siguió fabricándose en la región hasta mucho después de la conquista romana y que una gran parte de las vasijas ibéricas valencianas son posteriores no ya al momento de la conquista, en la segunda guerra púnica, a fines del siglo III AJC., sino incluso a la misma fundación de la colonia *Valentia*, casi un siglo después. Pero asimismo las primeras bases sólidas para la cronología de la cerámica ibérica sólo han podido conseguirse en los últimos veinte años. No en vano el primer investigador que de modo sistemático y razonado se ha opuesto a la teoría tradicional de Tyrís-Valencia ha sido D. Fletcher, uno de los mejores conocedores del mundo ibérico valenciano¹¹.

No estará de más anotar que, por otra parte, la existencia de un núcleo urbano ibérico en la actual Valencia, en zona llana y pantanosa, no encaja en absoluto con lo que sabemos de la topografía de las ciudades ibéricas del territorio valenciano. Sin olvidar la posible existencia de población indígena dispersa en los siglos prerromanos, es evidente que las ciudades de alguna importancia se emplazaban siempre en lugares altos, de defensa fácil (casos típicos, Edeta-Liria, Sagunto, Játiva, etc.) o, en todo caso, si era en zonas más llanas, sobre pequeñas eminencias del terreno, como La Alcuía de Elche, el Tossal de Manises y otros. De haber existido en Valencia hubiera sido una excepción que sólo con justificantes claros se podría aceptar. Estos datos positivos no existen.

Los materiales arqueológicos hallados hasta ahora podemos dividirlos en dos grupos: a) los procedentes de remociones efectuadas sin control suficiente o aparecidos esporádicamente sin niveles apreciables; b) los procedentes de excavaciones sistemáticas en las que se ha profundizado hasta el suelo virgen. Los primeros interesan sólo como complemento y los señalamos sobre todo para indicar que confirman los datos de b), es decir, que jamás ha aparecido nada en condiciones no estra-

¹¹ FLETCHER, 1953.

tigráficas que venga a desmentir lo que éstas indican: no hemos visto ningún ejemplar de cerámica que pueda fecharse antes del siglo II AJC.

En cuanto a las excavaciones hemos de referirnos sobre todo, como puntos clave, a las efectuadas en los siguientes puntos:

1) Ampliación del palacio de la Generalitat, cuyos materiales conservados en el Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia se estudian detalladamente, por vez primera, en este número de SAITABI por Gabriela Martín.

2) Subsuelo del palacio Arzobispal, en la fachada correspondiente a la calle de la Barchilla.

3) Plaza de la Reina, bajo la actual fuente monumental en construcción, la más próxima a la fachada barroca de la Catedral (existe otra, ya funcionando, más cerca de la calle de la Paz, cuyas fundaciones se revelaron arqueológicamente estériles).

4) Plaza de la Virgen esquina calle de Caballeros.

Por ser esta última excavación la más importante y la única que hemos seguido *de visu* día a día, basaremos nuestra descripción de los estratos en los resultados de la plaza de la Virgen, advirtiendo que las anteriores, así como otros sondeos menos ricos, mantienen un paralelismo clarísimo con los resultados obtenidos en ésta.

Realizada por el director del Servicio Municipal de Arqueología, J. Llorca, a fines de 1959 y primeros meses de 1960, se abrió buena parte del solar, que mide en su totalidad 600 metros cuadrados. Se trata, pues, de una excavación amplia, superior en superficie a lo que hasta entonces se había podido excavar en el núcleo central de Valencia.

Las primeras capas, hasta aproximadamente 3 m., contenían restos de fundaciones de edificios modernos (de los últimos siglos) junto con vestigios medievales, que en su base se confundían con una posible capa tardo-romana que no se pudo aislar con seguridad. El nivel romano imperial aparecía a partir de los 3 m., con construcciones correspondientes al período comprendido entre Augusto y los siglos II-III de nuestra Era, con abundante *terra sigillata*. Bajo esta capa de construcciones, el nivel republicano estaba representado por un estrato de poco grosor (alrededor de medio metro como máximo) pero muy rico en cerámicas, entre las que destacaba por la cantidad la campaniense, acompañada de común y, en menor proporción, de ibérica sin motivos pintados destacados.

Este nivel profundo, que nos interesa especialmente para el problema que estamos discutiendo, corresponde sin lugar a dudas a las primeras décadas de vida de la ciudad. En efecto, la cerámica campaniense mostraba un predominio del tipo B junto con ejemplares del tipo A. Incluso parecía en el momento de la excavación poderse distinguir una diferencia en las proporciones, a saber: en el estrato más profundo, establecido directamente sobre la tierra virgen, la campaniense A parecía más numerosa que en el estrato inmediatamente superior, y la B más rara, mientras que la proporción se invertía en el nivel segundo, contando desde abajo. Como si en las primeras fases de vida de la ciudad se hubiera utilizado más la A que la B y poco después las cosas hubieran cambiado y el predominio pasara al

tipo B. Esta observación, por haberse realizado sólo en el momento de visitar las excavaciones y no venir confirmada por el estudio del material (que no se ha realizado), la presentamos con suma prudencia y sólo como probable. En todo caso lo que sí es evidente es que el estrato fértil más profundo, tomado en bloque y sin hipotéticas subdivisiones, tiene como fósil director para la datación la campaniense A y B, sin que pudiéramos observar ningún estrato en que la A apareciera en exclusiva.

Bajo este nivel, con restos de edificaciones y campaniense A y B y cerámica ibérica, aparecía la tierra virgen, a 4'30-4'50 m. de profundidad. Sin embargo, Llorca, con buen criterio, quiso profundizar en el nivel estéril para asegurarse de que no existían vestigios arqueológicos más profundos (como ya había realizado en algunos otros sondeos abiertos anteriormente: plaza de la Reina, etc.). Se llegó hasta más de 6 m. de profundidad sin que se alterara el aspecto de las arenas y aluviones depositados por el río en fechas anteriores a la fundación de la colonia. Solo a 5'80 del suelo actual aparecieron diseminados una veintena de fragmentos de cerámica basta, a mano, del tipo que aparece en los poblados de la Edad del Bronce en el País Valenciano, pero sin indicios de habitación ni de hogar entre las arenas muy limpias.

Su interpretación histórica no es fácil. ¿Podrían corresponder a un poblado de la Edad del Bronce o, como parece indicar la ausencia de restos de cabañas, de piedras y de cenizas, fueron transportados por las aguas del río? Nos limitaremos a observar: 1) Que si se tratase de un poblado, debió de ser de muy escasa importancia, dada la pobreza del hallazgo. 2) Que si, como parece, puede ponerse en paralelo con las cerámicas del Bronce Valenciano, estamos en una fecha muy anterior a la de la supuesta Tyrís del Periplo; y 3) Que entre el fondo del nivel romano y el lugar del hallazgo de los fragmentos citados existe una capa estéril de metro y medio, indicando que no hubo continuidad de vida en el lugar, de modo que, aun aceptando la existencia del hipotético poblado, se trata de un episodio esporádico que no puede ser tomado como base para reafirmar la creencia en una población prerromana.

El caso del hallazgo de fragmentos cerámicos de época prehistórica es único por ahora en el subsuelo de Valencia. En los restantes sondeos que hemos podido controlar más o menos, ni en otros abiertos anteriormente a nuestra llegada a Valencia (según amable información de J. Llorca), se había dado el caso de hallazgos por bajo del nivel romano republicano. El caso, único e incierto, no parece afectar, pues, el problema de los orígenes directos de la ciudad como tal.

En cambio, los resultados de la plaza de la Virgen-Caballeros concuerdan con los obtenidos en los otros puntos bien estudiados. En todos ellos la primera fase urbana corresponde a la época romana republicana, fechable por la campaniense A y B, sobre la que se superponen sin interrupción los estratos imperiales. Como veremos en seguida la fecha que tales cerámicas proporcionan concuerda con la tradicional de la fundación.

LA FUNDACIÓN: EL TEXTO DE TITO LIVIO

Si no fuera porque las antiguas tradiciones tienen mucha fuerza y porque la idea de Tyrís como precedente de la Valencia romana tiene todavía partidarios (es preciso, sin embargo, aclarar que ha sido abandonada por arqueólogos que mejor conocen la arqueología valenciana) no hubiera sido necesario referirnos a este problema con detalle.

Eliminada ya la vieja hipótesis, pasemos ahora al problema de la fundación real de Valencia, obra de los romanos.

Para centrar el hecho dentro de un panorama histórico general conviene analizar los precedentes.

Desde el siglo III antes de nuestra Era, cuando Roma empezó a proyectarse sobre la fachada mediterránea de nuestra Península, el papel del País Valenciano era importante desde el punto de vista de los romanos. En primer lugar, como mercado. Desde antes de la segunda guerra púnica los mercaderes latinos, aprovechando las antiguas rutas establecidas por los griegos, habían iniciado la introducción de sus productos por la costa valenciana. Inmediatamente surgió una zona de fricción entre ellos y los cartagineses. Conviene no olvidar que la zona costera entre el Ebro y el Segura tuvo un papel muy destacado en la lucha entre Roma y Cartago. El nombre de Sagunto —retórica aparte— puede servir de ejemplo.

Pero, una vez ocupado todo el litoral mediterráneo peninsular, el interés de estas tierras para Roma no desapareció. Simplemente cambió de dirección. Si antes se había centrado en una gran lucha internacional, inmediatamente después se convirtió en una de las bases de penetración de las fuerzas romanas hacia el interior hispánico. El valor de las tierras litorales, como zona pacificada, enorme cabeza de puente para la conquista del resto de la Península, explica la importancia que tuvo la zona valenciana, así como la Bética y el Valle del Ebro en los dos primeros siglos antes de nuestra Era. Todas las ciudades fundadas por los romanos en estas fechas lo fueron en las regiones que acabamos de señalar.

Es evidente que la fundación de Valencia en la segunda mitad del siglo II AJC. hay que verla desde este punto de vista.

La noticia concreta de la fundación la da Tito Livio¹²: Junio Bruto, dice, a aquellos que habían luchado con Viriato (o en tiempos de Viriato, según otra interpretación) les dio tierras y una ciudad que fue denominada Valencia. El texto es claro y conciso. Sólo existe un punto discutible. Si hay que interpretar «los que lucharon a las órdenes de Viriato» o «los que lucharon en tiempos de Viriato», según el matiz que quiera darse a *sub Viriatio militaverant*.

Sin embargo, las discusiones básicas a que ha dado lugar la mencionada cita no han ido en esta dirección. Lo que se ha puesto en duda es si la Valencia citada es nuestra Valencia, la Valencia del Turia, o bien alguna otra población de las

¹² LIVIO, *Periochae*, LV, 35: «Iunius Brutus Cos. in Hispania, is. qui sub Viriatio militaverant, agros et oppidum dedit, quos vocatum est Valentia.»

que en la parte occidental peninsular llevan también hoy el nombre de Valencia.

La objeción más corriente ha sido que parece más lógico que la fundación de una ciudad relacionada con las guerras lusitanas se hubiese realizado en un territorio más cercano al teatro de las luchas y no al otro extremo de la Península. Existiendo varias poblaciones con este nombre en zonas más próximas al territorio central de la guerra de Viriato, algunos eruditos se han inclinado a suponer que la referencia de Livio debe aplicarse a una de aquéllas.

En principio el argumento de la proximidad al lugar de la lucha no es decisivo. Si los que se establecieron en la nueva ciudad eran romanos, veteranos de las guerras, no era indispensable situarlos en las proximidades del territorio donde habían luchado. En este caso lo que les interesaba era darles tierras fáciles de cultivar. Es cierto que a menudo la fundación de los nuevos establecimientos se hacía con sentido militar o con ánimo de facilitar la asimilación de zonas menos latinizadas. Pero tenemos ejemplos de fundación de ciudades con soldados licenciados efectuadas lejos del área de la guerra, sin movernos de nuestra Península. Entre otros, los casos de Mérida y Zaragoza, bien documentados, demuestran cómo los núcleos urbanos basados en los veteranos de las guerras cántabras no fueron establecidos en la zona en que se luchó ni tan sólo en la inmediata. En cambio se eligieron lugares aptos para una agricultura floreciente, con futura proyección hacia la capitalidad de sus respectivas zonas, en amplios llanos y con agua abundante —junto a ríos; es decir, el mismo tipo de emplazamiento, en líneas generales, que el de Valencia.

Si aceptáramos la segunda acepción de la frase de Livio, es decir, si se quiere suponer que los que se establecieron en *Valentia* fueron indígenas vencidos, la objeción de la distancia al lugar de la guerra tiene menos sentido todavía, ya que hubiera sido natural y lógico que se procurara alejarlos de su país, como medida de prudencia, desarraigándolos y situándolos en unas tierras fértiles.

Una considerable corriente erudita ha valorado muy poco los argumentos que acabamos de señalar. De las diversas poblaciones que llevan el nombre de Valencia en las tierras occidentales de la Península, sólo dos han llamado su atención: Valença do Minho, en el norte de Portugal, y Valencia de Alcántara, en la Extremadura española. Otras Valencias de la misma zona, como Valencia de Don Juan, en Burgos, o Valencia de las Torres, en la provincia de Badajoz, no han atraído la atención de los eruditos, cuando la verdad es que tienen las mismas posibilidades que las que se han hecho entrar en juego¹³.

No existe documentación para demostrar que Valença do Minho o Valencia de Alcántara fueron poblaciones romanas de alguna entidad a las que se pueda aplicar la noticia de la fundación por Iunius Brutus. Ni apenas las inscripciones habituales en cualquier localidad romana por reducida que fuere. Pero el argumen-

¹³ Precisamente de todo este grupo de poblaciones llamadas Valencia en el oeste peninsular, la única que parece tener base antigua y haber existido en época romana es Valencia del Sil, que nunca fue tomada en consideración. Cf. F. BOUZA BREY, *La ceca visigótica de Valencia del Sil*, «Zephyrus», IV (1953), p. 417. Pero la poca entidad de los vestigios romanos que demuestran fue población secundaria no altera nuestro razonamiento.

to decisivo ha sido la observación que el nombre de Valencia aplicado a ambas poblaciones es medieval. Ahora parece imposible que los eruditos que intervinieron en la discusión no se hubieran preguntado si, ante la falta de citas en los textos antiguos y la ausencia de restos arqueológicos y epigráficos, los nombres de Valencia eran realmente romanos o se debían a la época de la repoblación, de la reconquista.

Por una parte, el nombre de Valencia parecía indiscutiblemente latino, y por otra, la división en especialidades hizo que los eruditos que se preocupaban por el problema no se dirigieran a los documentos medievales, mientras que los medievalistas, que conocían cuándo aparecieron las nuevas denominaciones de Valencia en occidente, vivían al margen del problema del texto de Livio.

C. Torres fue el primero que centró la cuestión ¹⁴, señalando que la discutida Valença do Minho tenía que ser eliminada de la discusión, ya que consta taxativamente que se llamaba Contrasta hasta que fue repoblada por Alfonso III de Portugal, que le dio el nombre de Valencia. El mismo nombre se aplicó, hacia las mismas fechas, en Valencia de Alcántara con motivo de su repoblación, en 1221, por el Maestre de Alcántara Nuño Fernández, así como a Valencia de Don Juan, cuyo nombre anterior era Coyanza. Es decir, los nombres de Valencia en la parte occidental peninsular nacieron de la tendencia, bien conocida, de cambiar nombres y dar a las nuevas poblaciones repobladas una nomenclatura considerada eufónica o *fasta*, como acontece con los nombres de Plasencia, Benavente o Viana, que se repitieron en diversos lugares. El porqué de la elección del nombre de Valencia no es problema que nos afecte ahora. Lo que interesa señalar es que, una vez demostrado que las poblaciones mencionadas y objeto de discusión no tomaron el nombre de Valencia hasta la época medieval, el problema desaparece y no tiene sentido continuar manteniendo la duda de si la Valencia citada por Livio como fundación de Iunius Brutus podía ser cualquiera de las occidentales.

Además, al mismo tiempo que se aclaraba la cuestión, en sentido negativo, por lo que se refiere a Valença do Minho, a Valencia de Alcántara, a Valencia de Don Juan, etc., las investigaciones arqueológicas en el subsuelo de nuestra Valencia venían a demostrar que la ciudad comenzó a vivir en una fecha que encaja a maravilla con la que da Livio.

En efecto, ya hemos señalado que los restos más antiguos que permiten fechar la primera fase de Valencia son las cerámicas campanienses tipos A y B ¹⁵. El tipo A aparece en el siglo III AJC. y deja de fabricarse poco después del año 100, mientras que la B se inicia en torno a la mitad del siglo II para perdurar aproximadamente un siglo, hasta mediados del I AJC. Un nivel en que aparecen mezclados los tipos A y B, como sucede en el primero de Valencia, tiene que fecharse, pues, después del 150 —pues antes no existía la B— y anteriormente a la desapa-

¹⁴ TORRES, 1951.

¹⁵ Seguimos la clasificación y cronología de N. LAMBOGLIA, *Per una classificazione preliminare della ceramica campana*, Atti I Congresso Internazionale di Studi Liguri (1950), 1951, aceptada en líneas generales por todos los arqueólogos actuales.

rición de la A, lo que en grandes líneas nos da una fecha que oscila entre 150 y 100 (u 80) antes de nuestra Era.

Si pudiéramos aceptar como segura la observación que antes hemos apuntado, a saber, que parece vislumbrarse dentro del nivel profundo, con campaniense A y B, una subdivisión con predominio de A sobre B en la capa más vieja, directamente apoyada sobre la tierra virgen, cabría suponer que en los primeros años de vida de la ciudad la B se hallaba en sus comienzos de producción y no había llegado todavía en forma masiva, y por tanto, dentro del margen señalado entre el 150 y el 100 o el 80, deberíamos inclinarnos por una fecha más bien alta, entre el 150 y el 130 ó 120. Sin embargo, hasta que no se haya realizado la estadística, nuestra observación no puede ser confirmada. En todo caso, si lo fuera, nos aproximariáramos con mayor seguridad todavía al año 138 del texto de Livio. Pero, aun sin poder llegar a tanta precisión, es suficiente la seguridad que podemos tener hoy de que los primeros vestigios de Valencia aparecen en la segunda mitad del siglo II AJC. para que la noticia de Livio tenga una confirmación arqueológica perfectamente suficiente. Pocas veces nos es dado poseer el origen de una ciudad a través de dos fuentes complementarias coincidentes de modo tan espectacular. Hasta el punto de que si no tuviéramos el texto de Livio hoy sabríamos que Valencia fue fundada y comenzó a vivir en una fecha aproximadamente idéntica a la que conocemos por el historiador latino.

Esta fecha ha sido unánimemente aceptada como el 138 AJC., aunque el texto no la especifica. Pero puede deducirse con facilidad por el contexto histórico. Viriato murió en 139 y la fundación de Valencia tuvo lugar muy poco después. De ahí que haya habido prácticamente unanimidad en creer que fue el 138, cuando Iunius Brutus era cónsul.

Queda, pues, claro:

1) Que Valencia fue fundada en 138 AJC., inmediatamente después de la derrota de las fuerzas lusitanas de Viriato, confirmando la arqueología en líneas generales esta fecha, o más exactamente, la segunda mitad del siglo II, como el momento en que por vez primera aparece un núcleo urbano en lo que hoy es el subsuelo de nuestra ciudad.

2) Que ya no tiene sentido la duda sobre si la noticia de la fundación de Valencia podía aplicarse a Valença do Minho o a Valencia de Alcántara, ya que se trata de nombres de origen medieval.

Queda la duda sobre quiénes fueron los primeros pobladores de la nueva ciudad. Ya hemos indicado que las opiniones están divididas entre la posibilidad de que fueran soldados romanos, veteranos de guerra o indígenas sometidos.

La mayoría de los autores se inclinan por la segunda solución. Aparte de que el sistema de los establecimientos coloniales con tropas licenciadas del ejército romano no se estabilizó hasta más tarde (en el siglo I AJC.), existen dos textos complementarios del de Tito Livio que parecen abonar dicha hipótesis. Apiano¹⁶ refiere que después de la muerte de Viriato sus soldados eligieron un nuevo jefe,

¹⁶ *Iberike*, VI, 75.

Tautalo, dirigiéndose a Sagunto (ciudad que, dice, Aníbal, al reedificarla, le dio el nombre de su patria, Cartago). Rechazados, fueron obligados por el ejército romano dirigido por Cepión a pasar el Betis, y allí, perseguidos, se rindieron. Entonces Cepión *les quitó las armas y les concedió tierras suficientes para que, por pobreza, no se vieran obligados a robar.*

Existe en el texto alguna confusión, como el caso Sagunto-Cartagena, pero viene a demostrar que hubieron luchas marginales, al final de las guerras de Viriato, en territorio no muy lejano a Valencia. Y parece evidente que la concesión de tierras a los vencidos puede relacionarse con la noticia de Tito Livio. Diodoro Sículo¹⁷, al narrar el mismo episodio, y junto a vaguedades difíciles de interpretar, repite la noticia de la concesión de tierras a los vencidos de Tautalo añadiendo que *les concedió tierras y una ciudad donde establecerse.* La referencia a la ciudad viene a confirmar que pueden ligarse ambos textos con la fundación de Valencia tal como la reporta Livio.

Si, como parece evidente, podemos creer que las tres noticias se refieren al mismo hecho, habrá que admitir que los primeros pobladores de Valencia fueron, en efecto, los soldados de Viriato. Si recordamos el trasfondo social de las guerras lusitanas, la medida no podía ser más acertada.

En varias inscripciones valentinas de época imperial¹⁸ hallamos una curiosa referencia que puede relacionarse con el problema: la mención de que la ciudad, por lo menos hasta el siglo III de nuestra Era, tenía dos *ordines* municipales, una doble organización según la categoría de los ciudadanos, que se citan como *veterani* y *veteri*.

Se trata de un sistema poco corriente en las ciudades romanas. Existen otros ejemplos, pero raros. La interpretación ha dado lugar a discusiones, pero no parece que pueda tener otro sentido que unos eran los veteranos y otros los «antiguos». Es decir, los que se citan en primer lugar, a pesar de haber sido los que se establecieron más tarde, serían realmente soldados licenciados, veteranos, que vinieron a residir a *Valentia* en un momento incierto, posiblemente cuando la ciudad pasó a tener la categoría jurídica de colonia. Los «antiguos», los primeros pobladores, no debían de ser, por tanto, veteranos de guerra romanos. Lo cual encaja con las noticias de los textos de Diodoro y de Apiano en el sentido que eran realmente gentes que habían luchado a favor de Viriato, y aclara el sentido dudoso del de Livio. De modo que, si no podemos dar el asunto como resuelto definitivamente, sí por lo menos las mayores probabilidades nos hacen inclinarse en favor de la teoría tradicional, mantenida por la mayoría de los autores que se han ocupado del tema.

Poseemos muy pocos datos concretos sobre la primitiva Valencia. Nunca se han hallado restos de muralla que pudieran marcar su perímetro fundacional, como tampoco hay el menor indicio de muralla en época imperial, a pesar de que, sin duda, en la primera época debió de tenerla. La suposición de Schulten¹⁹, según

¹⁷ XXXIII, 1, 3.

¹⁸ C. I. L., II, núms. 3.733, 3.734, 3.735, 3.736, 3.737, 3.739 y 3.741, y posteriormente otras dos publicadas por P. Beltrán, 1928 a y 1928 b.

¹⁹ *Sertorio* (trad. cast.), Barcelona, 1949, 121.

el cual la ciudad inicial ocupó un cuadrado de 600 m. de lado, no tiene la menor base arqueológica: es puramente teórica y con los resultados de los sondeos abiertos hasta el presente hemos de suponer que fue mucho menor.

En efecto lo únicos indicios sobre los que podemos basarnos consisten en cartear sobre el plano los lugares en los que ha aparecido cerámica campaniense, que nos da un esquema de los lugares habitados durante la primera centuria de vida de *Valentia*. Estos hallazgos se concentran en un reducido núcleo en torno a la Catedral, sin que por el momento estemos en condiciones de fijar un límite inicial y unos ensanches posteriores, en los siglos imperiales de la *pax romana*, hasta mediados del III DJC.

Podemos tener, en cambio, una idea de cómo se presentaba la topografía del lugar cuando el primer establecimiento. *Valentia* se estableció sobre una isla, o sobre una antigua isla quizá ya por entonces convertida en península o que sólo presentaba carácter insular en momentos de mayores avenidas del Turia. Sabemos que el cauce de dicho río, en la zona hoy urbana, ha mantenido su curso sin modificaciones desde la época romana hasta hoy. En cambio existió un brazo que, partiendo de las proximidades del actual puente de San José y bordeando el barrio del Carmen, pasaba por entre la Lonja y el Mercado Central, ladeaba la plaza del Caudillo y, siguiendo por Barcas, se reunía de nuevo con el curso principal (y actual) del Turia en torno a la zona de la Glorieta y del Parterre. La perduración de este estado de cosas viene dada por multitud de indicios. Los nombres de las calles y de algún barrio lo confirma. Así, las denominaciones de Barcas, ya citada; de la Nave; de *les Granotes* (las ranas, indicio de zona acuática); la Rambla de Predicadores, llamada así por su proximidad al convento de los Dominicos, hoy Capitanía General. Donde actualmente Correos, en la plaza del Caudillo, estuvo el barrio de Pescadores y la calle de las Barcas. El curso de este cauce fósil se marcó todavía con trágica viveza durante la terrible riada de 1957, siendo la zona más afectada entre las del casco urbano central, mientras que el tell constituido por la antigua ciudad romana quedó indemne y los terrenos del otro lado del antiguo cauce lateral, ensanche del siglo XIV y del XIX, se vieron mucho menos comprometidos. Como es normal, el curso de la antigua rambla, ya desecada, se aprovechó como foso natural para la construcción de la muralla medieval árabe, que bordea dicho curso, por la parte interior del mismo desde las proximidades de la Lonja a la Universidad, y que durante toda la Edad Media fue denominado como *les Valls*.

Si este cauce se mantenía o no activo en permanencia en el siglo II antes de nuestra Era es imposible saberlo. En todo caso es evidente que la elección concreta del lugar a la hora de la fundación se realizó en función de las posibilidades defensivas que dicho cauce permitía, ya fuere como brazo vivo del río, ya como antigua rambla sólo con agua en determinados momentos en su primera parte del curso, ya que en el tramo que va desde los alrededores de la plaza del Caudillo y del viejo barrio de Pescadores hasta unirse de nuevo con el Turia en torno a la Glorieta no hay duda que seguía.

La ciudad romana, tanto la inicial como la del Imperio, ocupó, en plenitud urbana, la parte central de dicho antiguo islote. Sólo en época árabe fue poblado

totalmente, alzándose una muralla que seguía *grosso modo* sus límites. Estos los conocemos bastante bien, gracias a algunas descripciones de época medieval hasta el siglo XVIII y por haberse hallado algún trozo en obras recientes. Todavía se mantiene en pie, perfectamente visible, en un sector considerable en la plaza del

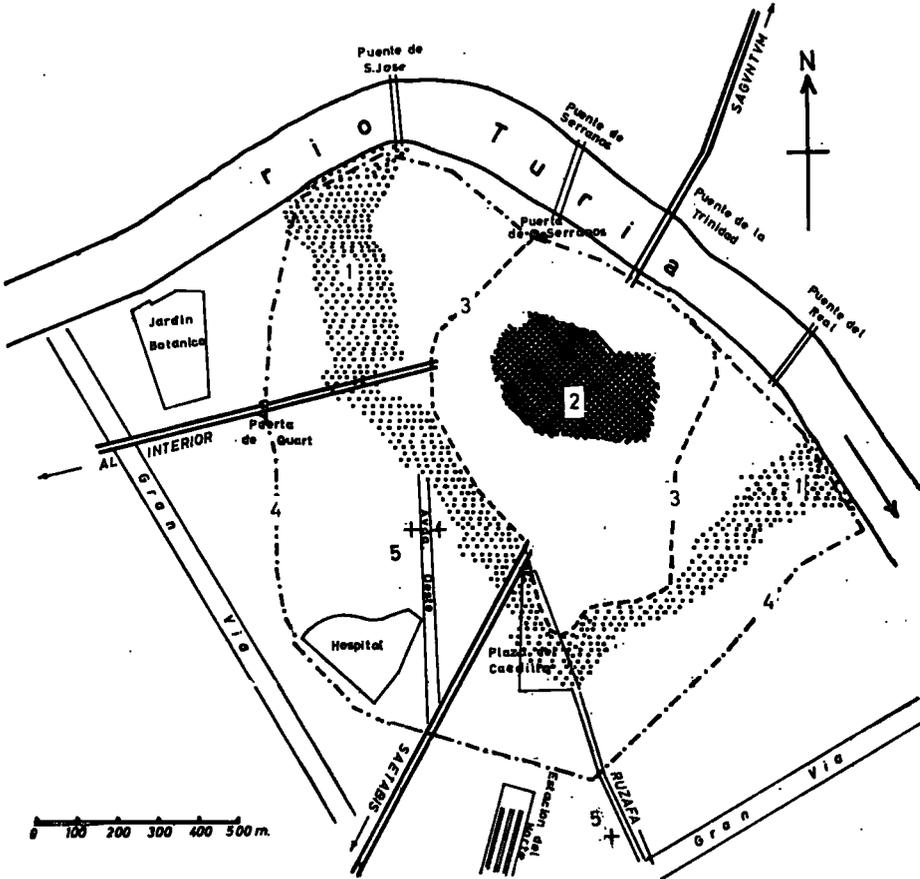


Fig. 1.—Esquema de situación de la Valentia romana en relación con su desarrollo urbano posterior.

- 1. antiguo cauce secundario del Turia; 2, núcleo urbano romano; 3, recinto amurallado de la época islámica;
- 4, recinto amurallado del siglo XIV; 5, necrópolis romanas.

Angel, con paramento y torres semicirculares intactas, y en menos envergadura, en el Portal de Valldigna y en la calle de Salinas. Precisamente en recientes derribos efectuados en la calle de Salinas hemos podido estudiar su estructura, que no presenta en absoluto ninguna característica de obra romana, pudiéndose desmentir, sin lugar a dudas, su fecha romana que han mantenido algunos autores locales, si bien la mayoría, acertadamente, siempre han creído que se trataba de obra islámica,

elevada en el siglo XI y que se mantuvo como muralla única de la ciudad no sólo en tiempos de la toma de Valencia por el Cid y después por el rey Jaime, sino hasta el siglo XIV, en que se levantó la muralla última, la que perduró hasta el XIX. Sin embargo, como el problema del trazado de esta muralla, aunque quede al margen de los temas centrales aquí tratados, interesa para las cuestiones relacionadas con la Valencia antigua, reproducimos como apéndice de nuestro artículo la mejor descripción que nos ha quedado de su circuito, que por hallarse en un libro de difícil consulta puede resultar útil tener más a mano²⁰.

Hemos de pasar rápidamente un problema interesante: el intento de delimitación de la ciudad fundacional en relación con la romana posterior, por falta de datos suficientes. A base de lo que podemos colegir en el momento de escribir estas líneas tenemos la impresión que no existió una diferencia remarcable de extensión entre la ciudad de la época republicana, es decir, la del primer siglo y medio de su vida, y la de los tiempos de la plenitud de la latinización del país, en los siglos imperiales.

Así, por ejemplo, si tomamos el límite sur, tenemos que en los sondeos ya citados de los últimos años en la plaza de la Reina, el que se abrió en la zona más cercana a la Catedral dio como resultado el hallazgo de restos imperiales (*sigillata* en sus diversas variantes) y al fondo campaniense, mientras que el sondeo más cercano a la calle de la Paz, al otro extremo de la misma plaza, resultó estéril. Parece por tanto que en esta dirección el límite urbano se mantuvo sin diferencias apreciables desde los siglos II-I AJC. hasta el final de la romanidad. Algo similar parece vislumbrarse en dirección W. siguiendo la calle de Caballeros. La excavación realizada en el extremo del edificio de la Generalitat (cruce Caballeros-Serranos) proporcionó cerámicas romanas de todas épocas, desde la fundacional hasta la tardo-romana²¹, mientras que más allá, en dirección al antiguo camino que salía a partir del siglo XIV por las torres de Quart, no hay indicios de urbanismo romano, si bien esta zona no ha sido suficientemente explorada. Poco sabemos del límite siguiendo el cauce del río y asimismo es incierto el del extremo E., que sabemos, por lo menos, que hay hallazgos romanos hasta en torno del edificio del Almudín medieval (ahora Museo Paleontológico).

La delimitación que se deduce de los hallazgos está de acuerdo, pues, con los límites señalados ya por autores locales, sobre todo Nicolás-Primitivo Gómez Serrano y el canónigo Cortés, los cuales delimitan un circuito que coincide, en líneas generales. Según el primero, el límite sería: Calles de los Baños del Almirante, Barón de Petrés, plaza de San Esteban, calles del Almudín, palacio de la Generalitat, calle del Reloj Viejo, Subida del Toledano, Zaragoza, Cabillers y Milagro.

Para Gómez Serrano, el circuito vendría señalado por las calles de la Corretgeria, Cabillers, Avellanas, San Esteban, plaza de San Luis Bertrán, calles del Con-

²⁰ Especialmente en el texto de J. ORTÍ MAYOR, *Fiestas centenarias con que la Insigne, Noble, Leal y Oronada ciudad de Valencia celebró en el día 9 de octubre de 1738*, Valencia, 1740.

²¹ Véase el estudio de G. MARTÍN en este mismo número.

de de Olocau, Salvador, Cruilles, Misser Tarazona, Samaniego, Cocinas, Banyes dels Pavesos y Corretgeria.

Fuera de estos límites, aproximados, ha habido hallazgos de viviendas romanas, pero no parece que presenten continuidad, de modo que hay que atribuir tales restos a *villae* fuera del recinto urbano o a construcciones diversas. Así parece que hay que interpretar numerosos indicios, como el fragmento de mosaico de la calle Moratín en las proximidades del cruce con el de Barcelonina (ahora Hermanas Chabás); la descripción publicada por Tramoyeres de una supuesta casa en la calle de la Paz²², descripción que nos merece muy poco crédito en sus detalles, etc. Con mayor motivo conviene dar la misma interpretación a los restos romanos, esporádicos, aparecidos al otro lado del cauce fósil del Turia, de que antes hemos hecho mención.

El foro debió de corresponder donde ahora se levanta la Basílica de la Virgen de los Desamparados y zona contigua de la Catedral. Además de su posición central respecto del área delimitada, los hallazgos epigráficos son elocuentes. La primera parte de la calle de los Caballeros corresponde asimismo, probablemente, a una de las vías principales, el *decumanus*. Respecto de los edificios monumentales, tanto religiosos como civiles, nuestra ignorancia es total. Hay que señalar, igualmente, la escasez de restos de categoría artística. Faltan los vestigios arquitectónicos destacados (capiteles, cornisas, frisos, etc). La escultura es muy pobre; es posible que el togado conservado en el Colegio del Corpus Christi sea hallazgo local, pero no es seguro. Las remociones y excavaciones de las últimas décadas no han revelado más que una cabeza masculina²³. Tampoco los mosaicos muestran ejemplares notables: el único bien conservado apareció en la calle del Reloj Viejo, con el tema de la Medusa. Pequeños fragmentos insignificantes sólo se han conseguido localizar en la de Moratín y en la de las Avellanas.

Si hemos de juzgar por lo que ha podido recuperarse, *Valentia* no fue una ciudad que destacara por su riqueza ni por su calidad artística. Pero sería abusivo sacar conclusiones en este sentido, dado el implacable proceso de destrucción a que se ha visto sometido el nivel romano por las incesantes construcciones posteriores. Es un indicio nada despreciable, pero que precisa mucha prudencia en su valoración.

Ignoramos la situación de las necrópolis correspondientes a la época republicana y a la del Alto Imperio. Quizá algunos hallazgos sueltos y mal estudiados en la zona de la calle de la Paz manifiesten indicios de sepulcros atribuibles a estas épocas, pero son, por ahora, insuficientes. En cambio ya hemos indicado que la apertura de la avenida del Oeste proporcionó la posibilidad de excavar una extensa necrópolis de la que en diversas etapas de 1945 a 1963 se han localizado más de 200 tumbas, entre las que predomina el tipo de *tegulae*. Los ajuares son sumamente pobres y la mayoría de los sepulcros no contienen ofrendas ni restos pertenecientes a indumentaria o a adornos del difunto. Tal vacío dificulta la datación exacta. El

²² TRAMOYERES, 1901.

²³ GARCÍA DE CÁCERES, 1948.

día que se estudie y publique convenientemente se podrá confirmar la hipótesis que de momento puede aceptarse: que se trata del cementerio principal de la ciudad durante el siglo III, que posiblemente se mantuvo durante el IV y quizá parte o todo el V. Entre los muchos hallazgos inéditos de Valencia el caso de la necrópolis de la Boatella es sin duda uno de los más lamentables por ser de verdadera importancia y porque han pasado ya casi veinte años desde su descubrimiento. Estamos, pues, todavía sin posibilidad de poderla valorar y nosotros nos atrevemos a avanzar nuestra opinión sólo porque hemos sido testigos de la excavación de algunas zonas marginales en varias ocasiones, a partir de 1957. Indiquemos, de paso, que entre las tumbas aparecieron algunos materiales reutilizados, anteriores; además de alguna inscripción en mármol, sepulcrales; una tegula con un curioso manuscrito, etc., todo ello en espera de estudio definitivo²⁴.

El emplazamiento del cementerio se explica muy bien a través de lo que sabemos de la topografía urbana. Se hallaba junto al antiguo brazo secundario del río —ya reseñado—, en la parte opuesta a la ciudad, lugar perfectamente idóneo para una necrópolis extensa, ya que no interfería las zonas inmediatas al núcleo urbano, donde debían de elevarse viviendas del tipo de las normales en torno a las ciudades romanas.

La necrópolis de la Boatella no fue la única de esta época, aunque posiblemente la más extensa e importante. Existen indicios de haberse hallado elementos sepulcrales (posiblemente contemporáneos) bajo el suelo del Ayuntamiento, y hace poco (1963) han aparecido varias tumbas del mismo tipo en la calle de Calvo Sotelo²⁵, en el subsuelo del antiguo teatro Serrano, ahora convertido en cine.

La pobreza de este conjunto sorprende. No precisamente la falta de ajuares, susceptible de interpretarse como consecuencia de la cristianización de parte de los habitantes a partir del siglo III. Pero resultará más difícil de aceptar la falta de algunas sepulturas, destacada por su tipo constructivo entre la mayoría de las más corrientes y sencillas, así como la ausencia de joyas incluso de poco valor.

¿Puede relacionarse esta pobreza con la crisis del siglo III? Hoy sabemos hasta qué punto las tierras valencianas fueron afectadas por ella²⁶, la considerable cantidad de destrucciones en núcleos urbanos y rurales que nos manifiestan. ¿Qué pasó en *Valentia*? Hasta ahora ninguno de los sondeos mencionados ha presentado vestigios claros de nivel de destrucción atribuible a esta época. Lo cual no indica que no existiera, ya que si los estratos profundos de la época fundacional hasta el II de nuestra Era han podido aislarse en buenas condiciones en determinados puntos (so-

²⁴ Para las breves o parciales noticias publicadas, véase nuestra nota 7.

²⁵ Cf. supra nota 8.

²⁶ Primeros estudios generales: M. TARRADELL, *Sobre las invasiones germánicas del siglo III d. JC. en la Península Ibérica*, «Estudios clásicos», III (1955); y *Problemas cronológicos de las invasiones germánicas del siglo III*, IV CAN (Burgos, 1955); A. BALIL, *Las invasiones germánicas en Hispania durante la segunda mitad del siglo III d. JC.*, «Cuad. de Trabajos de la Escuela Española de Hist. y Arq. en Roma», IX (1957), 97. Para el problema en la parte meridional del País Valenciano, A. RAMOS FOLQUES, *Las invasiones germánicas en la provincia de Alicante*, Alicante, 1960.

bre todo en la plaza de la Virgen-Caballeros), el nivel del siglo III ha aparecido hasta ahora removido por los cimientos de los edificios posteriores. El problema, pues, sigue en pie.

La cuestión de la crisis del siglo III nos lleva a otro aspecto complementario. A saber, si hubo las modificaciones urbanas derivadas de la misma, como aconteció en tantas otras ciudades, y, sobre todo, si se elevó un nuevo recinto defensivo. Tampoco podemos contestar. Únicamente cabe observar que si se hubiera erigido una nueva muralla, al estilo de lo que sucedió en otras colonias próximas, como Barcelona o Zaragoza, es probable que algún vestigio quedara, más o menos reaprovechado en tiempos medievales, ya con finalidad defensiva, ya como apoyo de edificaciones diversas. La ausencia de tales vestigios parece favorable a creer que no se consideró necesario erigir nuevas defensas. Hemos manifestado nuestra opinión negativa respecto de atribuir a fines del siglo III o durante el IV la muralla medieval (árabe), como se había insinuado en alguna ocasión, con total falta de base.

Hasta aquí los principales datos aportados por la arqueología, sobre todo en los últimos decenios. Quedan, sin embargo, otros problemas que conviene, por lo menos, plantear.

El primero con que nos topamos, resuelto lo que cabe decir sobre la fundación, es saber cuándo se dio a *Valentia* el título de colonia. Livio no lo menciona, ni es de suponer que se considerara colonia en el momento de la fundación, dada la fecha, tan temprana, y el hecho de que los primeros establecidos fueran probablemente indígenas. La consideración posterior de colonia está atestiguada por los textos (por ejemplo, en Plinio²⁷) y por las inscripciones. ¿Desde cuándo? Seguramente desde el momento en que se establecieron los *veterani* que mencionan las lápidas como uno de los elementos constitutivos de la población, con organización municipal propia y aparte de los *veteres*. La fecha de este segundo establecimiento no se puede determinar con seguridad. Cabe sospechar fuera como consecuencia de la guerra sertoriana. A tal datación se inclina Pío Beltrán, según ha manifestado en una conferencia (todavía inédita) pronunciada con motivo de la celebración del centenario.

Beltrán relaciona, probablemente con acierto, el momento de la elevación de *Valentia* a colonia con las primeras emisiones monetales de la ciudad, que cabe fechar, aunque sin seguridad total, en un momento inmediato a Sertorio. Nada podemos aportar de nuevo sobre las monedas valentinas, después de la sistematización de Vives²⁸ y de los estudios posteriores de Mateu y Llopis y de P. Beltrán²⁹. Se trata de tipos marcadamente coloniales, es decir, sin vinculación con el numerario indígena, lo que se explica dado el carácter netamente romano de la ciudad, falto de tradición local anterior.

Así el título de colonia, la estructura municipal a base de los dos *ordines*, y las acuñaciones propias debieron de aparecer contemporáneamente, en un momento

²⁷ PLINIO, 3, 20.

²⁸ VIVES, *La moneda hispánica*.

²⁹ MATEU Y LLOPIS, 1953.

que cabe situar en la primera mitad del siglo I antes de la Era. Entonces *Valentia* debió de adquirir mayor vitalidad, medio siglo después de su creación, asentadas las bases esenciales de su economía. Porque no debemos olvidar (y creemos que este aspecto es más interesante que las minucias de tipo jurídico a que tan aficionados suelen ser a veces los estudiosos del mundo romano) que el móvil que motivó la elección del lugar fue las enormes posibilidades que presentaba como centro de una comarca agrícola de cara al futuro, y sobre cuya trayectoria posterior no es necesario insistir. Si hemos argumentado antes las dificultades que presentaba el lugar donde después estuvo Valencia para la existencia de un núcleo urbano indígena, ibérico, de alguna importancia, cabe decir todo lo contrario «pensando en romano». Para un pueblo con mentalidad de agricultores y de ingenieros, la elección del bajo Turia para el establecimiento de una ciudad importante parecía predestinado. La colonización de la llanura pantanosa que rodeaba el lugar del emplazamiento exigía, es cierto, un considerable esfuerzo, pero muy rentable: de ahí nacieron los regadíos valencianos, que una tradición tan larga como inconsistente atribuye a los árabes. No sólo la lógica y el conocimiento de los precedentes históricos, sino incluso los mismos restos arqueológicos de canales y acueductos junto al cauce del Turia aguas arriba de la ciudad (en especial en término de Ribarroja), nos indican cómo los romanos establecieron una agricultura de regadío en las tierras en torno a Valencia.

El lanzamiento económico de una ciudad en tales condiciones no debió de ser empresa fácil ni, sobre todo, rápida. Es evidente que *Valentia* no llegó a ser durante los tiempos romanos una ciudad realmente importante. Sagunto, vieja capital indígena, se mantuvo, como ciudad principal del territorio costero entre el Ebro y el Júcar, a pesar de que no fue colonia, sino municipio. La superioridad de Sagunto está atestiguada no sólo por alguna referencia textual contemporánea, sino por la misma envergadura de sus edificios públicos: Sagunto es la única ciudad del litoral del este peninsular que al sur de Tarragona tuvo teatro y circo, mientras que de Valencia no hay noticia de ninguno de los grandes edificios para espectáculos públicos, privilegio de las urbes más destacadas. Igualmente la cosecha de antigüedades (piezas notables) ha sido superior en Sagunto, aunque en este aspecto cabe considerar la ley general por la que sabemos que los núcleos urbanos que han ido a menos conservan mejor sus restos antiguos, mientras que los que han manifestado mayor vitalidad han tendido a devorar sus vestigios anteriores.

En otras ocasiones³⁰ hemos manifestado nuestra opinión (que no pasa de una hipótesis de trabajo) respecto de cómo se produjo el cambio de capitalidad real de Sagunto a Valencia. No nos referimos, claro está, a vinculaciones administrativas, que no siempre reflejan la realidad, sino del hecho que en un momento determinado la ciudad más importante del País Valenciano deja de ser Sagunto y la capitalidad auténtica pasa a Valencia. Sospechamos que el momento inicial del cambio puede relacionarse con la ya citada crisis del siglo III. Sagunto, al parecer, acusó el golpe con mayor intensidad, y existen suficientes datos para creer que fue des-

³⁰ TARRADELL, 1961; TARRADELL, 1962.

truida. Su reedificación debió de ser lenta y quizá jamás llegó a completarse del todo. Es sintomático, por ejemplo, que no tuviera obispo, cuando sabemos que las sedes episcopales se establecieron sistemáticamente en todas las ciudades que entre los siglos III y V tenían alguna importancia. Si las convulsiones afectaron a Valencia, el ritmo de la vida no se perdió y, al parecer, pronto superó a su antigua y famosa vecina. De aquí, creemos, puede hacerse arrancar el cambio de capitalidad, del mismo modo que sucedió en el caso, por tantos conceptos paralelo, de Tarragona y Barcelona.

No podemos valorar hasta qué punto en la supervivencia de Valencia como ciudad importante y en su ascensión a la capitalidad real del País Valenciano jugó el empuje proporcionado por la fuerza económica que le podía dar la naciente —y ya consolidada— huerta, creada por los romanos desde cuatro siglos antes. Es un fenómeno a estudiar, ahora que la historia tiende, por fin, abandonando a segundo término las minucias eruditas, a rehacer los procesos del pasado con base en el mundo socio-económico en que se desarrollaron. Pero, como en otros tantos problemas que hemos apuntado, habrá que esperar para resolverlo eficazmente a que se hayan llevado a término los previos estudios monográficos, que tanta falta nos hacen en torno a lo que concierne al mundo antiguo valenciano.

A P E N D I C E

JOSE VICENTE ORTI MAYOR, *Fiestas Centenarias con que la Insigne, Noble, Leal y Coronada Ciudad de Valencia celebró en el día 9 de Octubre de 1738. La quinta Centuria de su Christiana Conquista. Referidas por Don y dedicadas a la misma Ilustre Ciudad.*

En Valencia, por Antonio Bordazar, Impresor del S. Oficio y de la Ilustre Ciudad. Año M.DCC.XXXX. (Volumen de 508 pp., con numerosos grabados, encuadernado en pergamino, de 20 X 16 cm.)

RECINTO DE LA MURALLA AL TIEMPO DE LA CONQUISTA

Corría entonces el Muro desde la Puerta del Temple, dicha comúnmente del Cid, el mismo lienzo de muro que está hoy hasta la Puerta de Serranos, llamada en aquel tiempo de *Roteros*, que mira a Tramontana; proseguía hacia Leveche por la entrada de la casa que sirve ahora a los Aduaneros y por la de el lado, que es muy pequeña; y entrando por otra igual que está enfrente de la puerta de la Cárcel (donde aún se ve una torre) se extendía por dentro de las casas que hay delante de la puerta mayor por donde sacan los Carros (llamados en nuestro Idioma *les Roques*) la víspera de el Corpus, y se encaminaba al corral, u descubierto de las Carnicerías de Roteros, en el cual se descubre aún una Torre y lienzo de muralla; atravesaba la calle de Roteros y seguía por el horno de enfrente, de tal forma que la pared de este horno a la mano izquierda era el muro, dentro de cuyo horno se conserva un torreón; continuaba por la calle de Santa Eulalia a la derecha, como se conoce por sus vestigios, aunque se descubren más claros al salir de esta calle en la pared de enfrente; los cuales prosiguen bien notorios a la entrada de las caballerizas en el Mesón del Angel, y a lo último de ellas se halla una gran torre.

De aquí se dirigía por detrás de las casas contiguas al mismo mesón, encaminándose al que se llama *Horno Quemado*, en cuya pared aún existen señas bien notorias a la parte exterior de el referido horno en la calle del Sagrario de Santa Cruz: cruzaba esta calle, y corría por la isla de las casas que están enfrente del Horno por lo más interior de ellas, hasta llegar al Portal de Valdigna, que mira a Maestral, en cuyo lado se ve un torreón; proseguía por la calle de Salinas, perdiendo ya la rectitud de la línea, y declinando algo hacia Poniente, empezaba porción de círculo; y ya no continuaba por la pared, sino por dentro de las casas, y por detrás de las que sacan puerta a la calle de Caballeros hay en algunas pedazos de muro y varios torreones, en uno de los cuales todavía se mantiene entera una almena; y continuando con porción de círculo, venía a salir por la última casa de aquella isla, que al presente es pastelería; por allí atravesaba a la calle de Caballeros; se introducía por la casa de enfrente, que es la que hay a las cuatro esquinas de la Calderería, cuya calle cruzaba hasta llegar al nivel del pilar, o columna de piedra que sostiene la Longeta de la casa de Don Joaquín Núñez y Milán, Señor de el Lugar de San Pere, cuya columna asienta y tiene por cimientto el mismo muro, que según se vio al tiempo de fabricarse la Longeta (que fue modernamente en el año de 1713) se pudo conocer que estriba sobre el terreno propio que servía de asiento a lo que llamamos *branca* para el portal de Alcántara que allí había (como se dirá después), pues aún se ve muy patente en la esquina de la pared de enfrente de este pilar una piedra muy salida con un agujero a la parte inferior (que llamamos ordinariamente *Gorroneira*) que servía sin duda para afianzar las puertas de este Portal de Alcántara.

Proseguía el muro por dentro de la misma Casa de Don Joaquín y por dentro también de las que tiene contiguas (en las cuales aún hay algunas torres) y llegaba hasta la casa de Don Joseph Ignacio Martínez de Vallejo, y en ella era muralla lo que es ahora más de la mitad del piso de su Oratorio, el Altar y nicho del retablo, como se vio también en ocasión de fabricarse dicha casa, año de 1719. Continuaba el muro por lo que actualmente es pared que cierra el jardín de la referida casa, y declinando hacia mediodía y por dentro de las casas inmediatas de la familia de León y de D. Francisco Montoliu, señor del lugar de Bonrepós, se iba inclinando para salir por la última casa de la calle llamada de las Danzas, junto a la estafeta vieja, en cuya casa hay vestigios. Cruzaba la plazuela que tiene el mismo nombre de la calle y proseguía por la pared de mano derecha, en la cual se descubre bastantes indicios a la entrada de la calle de Cedaceros. Continuaba por la isla inmediata, no ya por la pared sino internándose en las casas, y salía por la segunda puerta de la casita llamada de las Pasas; transitaba la calle de Cordellats, que es la que va de la Iglesia de la Compañía de Jesús a la plaza del Mercado y por dentro de la casa de la Contratación (hoy principal, o cuartel de las Milicias) y por la Lonja de los hierros o de la Seda, corría por dentro del Horno que está delante de la Lonja del aceite, donde se manifiesta aún porción de muralla y hay en ella un arco artificialmente labrado, sobre quien carga el piso de la Lonja de la Seda.

Continuaba de dicho horno el muro línea recta y salía a cosa de unos treinta pasos de la esquina de la Lonja del Aceite a la Puerta Nueva, atravesando su calle y, prosiguiendo en derechura por dentro de las tiendas que hay en aquella isla, cruzaba la calle Nueva; corría derecho hasta la calle de los Atuneros, llamada ordinariamente el Trenque, atravesaba esta calle y transitaba por lo interior de las casas de la calle de Cerrajeros, llamada por lo común de *Manyans*, lo que ejecutaba línea recta hasta cosa de la mitad de esta calle, pues desde allí ya empezaba a declinar un poco hacia Xaloque, para salir por el lado del Mesón Hondo a la calle de San Vicente, que atravesaba, y proseguía por dentro del Horno nombrado de la Boatella (en cuya cañamifera hay porción de muralla y vestigios de torre), torciendo otra vez hacia poniente, por dentro de las casas que están en la acera de pared a mano derecha de la plaza de la Pelota... hasta la calle de las Corredoras, en la que se manifiestan señas de torreones. Por allí se juntaba el muro con el portalito que hay en el descubierto en una casa en la calle de Barcelonina, de quien se hablará después; cruzaba esta calle en derechura; continuaba por dentro de las casas de la pared de enfrente, donde hacía un ángulo recto hacia Levante y, empezando porción de círculo hacia mediodía, se encaminaba a lo que ahora es pozo en una plazuela que no tiene salida; de allí, por la pared de las casas de enfrente y por las espaldas del Colegio de San Jorge, iba a la calle que en nuestro idioma se llama dels *Transits*, que es la que baja desde San Jorge al Horno de la Virgen del Puche a la calle de las Barcas, y en la mitad de la dels *Transits*, a poco más de la mitad de ella, se ve una pared y otras clarísimas señas manifestándose igualmente notorias en el corral de una de aquellas habitaciones que en derechura corresponde a los externos vestigios.

De aquí, por las espaldas de la antes Casa y Cofradía del Centenar, proseguía la porción de círculo por dentro de las casas de la calle de las Barcas, y en algunas de ellas se descubren vestigios, especialmente en un huerto que es de Joseph Miralles, carpintero, a la mitad de la calle, pues para hacer pared hubo de romper un torreoncito, y todavía se conoce porción de él, aunque poca, en el ángulo de la mano izquierda a la entrada del huerto, que se dispuso año de 1739, y así mismo hay un pozo pegado al muro, bien que está a parte de dentro de lo que era ciudad; corría toda aquella línea de casas por dentro de ellas y salía por la quinta casa de la pared que está a la entrada de la calle nombrada de *les Granotes*, enfrente a la Morera, y aún al lado de la puerta se ven notorios vestigios. Cruzaba la referida

calle y, extendiéndose por lo interior de las casas de la isla inmediata que se sigue (en las cuales hay también muralla y torres), llegaba hasta el colegio de Sto. Tomás de Villanueva, que lo atravesaba por un ángulo del que actualmente es cuarto rectoral, por el claustro e iglesia; transitaba la calle y proseguía por debajo de las aulas en que se lee Medicina en la Universidad, y pasando la calle de la Nave por dentro de lo que hoy es cocina del horno (en que se ve algo de la muralla) que hay enfrente del callizo del lado del Real Colegio de Corpus Christi, corría en derechura hacia tramontana, por dentro de las casas de la plaza de la Olivera, en las de la pared de enfrente del corral de las Comedias, y en algunas de ellas se encuentran aún pedazos de muros, que algunos se llegan a descubrir desde la puerta misma de la casa de las Comedias, bien que allí no era tan fuerte la muralla.

Después cruzaba en derechura la calle del Mar, lo que es plaza de la Congregación de S. Felipe Neri, y por lo que actualmente es lo largo de su Iglesia seguía a la cofradía de N.ª S.ª de la Seo por debajo de los cuartos destinados en este hospital para enfermería de los sacerdotes pobres, a cuya pared está contigua una torre bastantemente alta que se conserva a lo último del jardín de la casa de D. Manuel Ferrer y Próxita, cuyo jardín transitaba el muro por lo que hoy son aposentos bajos y continuaba recto por las espaldas del Triquet [sic] de Caballeros, que era esta misma calle hasta la esquina que dobla hacia el horno del Vidrio. Pasaba por éste, como demuestra las señas, e inclinándose algo hacia Gregal cruzaba su calle y, entrándose por el jardín de casa D.ª Josepha Pallás, señora de Cortés, iba corriendo en derechura por lo interior de todas aquellas casas que hay desde allí hacia el palacio del Temple, en algunas de las cuales están aún lienzos de muralla y torres, y proseguía a juntarse con el portal del Temple, que es donde hemos empezado su descripción.

PUERTAS QUE TENÍA LA CIUDAD

Tenía esta ciudad ocho puertas entonces. La que mira al mar se llamaba de Ali-Bufat Muley, que es ahora la del Temple.

La segunda era la de la Xarea, dicha así por salir a donde se hacen las Justicias, a cuyo libro llamaban ellos la Xara. Esta puerta aún la hemos alcanzado y visto, pues se derribó lunes 16 de Dicbre, año de 1726, para la nueva fábrica del suntuoso templo de la Real casa y Congregación del Oratorio de San Felipe Neri, que se concluyó día 29 Septbre 1736... Estaba este arco, que era muy elevado, en el propio sitio en que ahora se ve la puerta principal de dicho templo, bien que estaba al través porque aquel lienzo de muralla miraba a Levante y el frontis de esta iglesia está perfectamente a mediodía, de manera que el un pie o estribo de la puerta de la Xarea se veía, como lo pudimos observar, dentro de lo que hoy es iglesia, y el otro pie estaba fuera, delante de las tres gradas que hay a la puerta.

El tercer portal era el de la Veytealla, que corrompido el nombre le quedó el de Botalla o Boatella. Llamáronla también puerta Sucronense porque se encaminaba al Xucar. Estaba entonces pasado lo que ahora es templo de San Martín Obispo y las cuatro esquinas de la calle de Cerrajeros, donde hay un horno. Que estuviera en aquel sitio esta puerta se convence por algunas razones:

La 1.ª, por lo que asienta Beuter, cap. XVII, fol 61: «La muralla —dice— era llavors a la plaça dels caixers que diem ara i encara més devés Sanct Martí, junt al forn ques diu de la Boatella; perque allí hi havia un Portal, ques deya en Arabich Boatallá segons en unes cartes que tenen los frares de la Mercé de Valencia se troba.» Y en el cap. 20, fol. 69, dice: «De allí pujava per la plaça dels Caixers a la Boatella y als Manyans.»

La 2.ª razón es por lo que dice Diago al libro 7 de sus Anales, a lo último del capítulo 22, por estas palabras: Acordóse también por este tiempo el rey D. Jaime,

durando aún el cerco de Valencia —como lo vi en el propio registro— (era el de los Comendadores en el Archivo Real de Valencia), de la orden de la Merced, que él había fundado en Barcelona, y dio al bendito Fr. Pedro Nolasco, maestro general de ella, y a sus frailes unas casas en la Boatella, fuera de los muros de la ciudad, con cierta mezquita que estaba junto a las casas que habían sido de un moro llamado Abensiara y la heredad que este moro tenía en la alquería de Andarella. Y no hay que dificultar si no que, ganada Valencia, se fundó en aquella mezquita y casas el convento que dicha orden tiene desde entonces acá en esta ciudad junto al mercado. Que todo ello pertenecía al arrabal de la Boatella y estaba bien cerca de la puerta de este nombre.

La 3.^a y última razón es por lo que se refiere Escolano, tomo I, libro 4, cap. 11, pág. 764. Estas son sus palabras: «En el año de 1383 se derribó la puerta antigua de la Boatella, porque quedase derecha y entera la larga calle de San Vicente.» Lo cual consta también por las memorias de dicho año que se conservan en el Archivo de la ciudad...

De esto notoriamente se deduce que un portal que está aún en la calle de Barcelonina no puede ser el de la Boatella...

Este portal está en la calle de Barcelonina, en el corral de la casa que es la tercera a mano izquierda al entrar por S. Francisco para ir a S. Jorge. La fábrica de este portal es de ladrillo, está hoy tapada su puerta. Tiene de altitud unos 20 palmos y de anchura 11, y sin duda será el que menciona Beuter, cap. 20, fol. 69, pues asienta que «luego que el rey D. Jaime conquistó esta ciudad hicieron un portal los Cristianos a la Morera, en donde había un lago que criaba muchas ranas y por eso le llamaron el portal de les Granotes». Que sea verdadera o por lo menos muy verosímil esta conjetura, las mismas circunstancias de su situación lo persuaden, pues no está muy lejos de la Morera y a corta distancia hay una calle nombrada en nuestra lengua carrer de les Granotes.

La cuarta puerta se llamaba de Tudela y ahora es (según Beuter) lo que llamamos Puerta Nueva, junto al Mercado, que no es portal, sino calle.

A la quinta, que no está tampoco, le dieron el nombre de Alcántara y estaba en lo que ahora es Espartería.

La sexta era la de Valdigna [sic] que todavía permanece y entonces se llamaba Baldina.

La séptima era la de Roterros, ahora nombrada de Serranos, dicha entonces Troterros, que eran los que conducían los correos y tenían en aquel barrio su habitación.

La octava y última era la que ahora es de la Trinidad, llamada entonces Vheua Sarachi, que significa puerta del sol o de Levante, y después se llamó porta de la Fulla porque cubrieron las puertas de hojas de hierro, según se demostraba por unos caracteres moriscos esculpidos y grabados en la misma puerta, que al presente no se descubren por haberse tapiado ésta y otras puertas de la Ciudad.

BIBLIOGRAFIA

Siglas:

- ACCV, Anales del Centro de Cultura Valenciana. Valencia.
 APL Archivo de Prehistoria Levantina. Valencia.
 BRAH, Boletín de la Real Academia de la Historia. Madrid.
 BSCC Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura. Castellón.
 CASE Congresos Arqueológicos del Sudeste Español. Cartagena.
 NAH Noticiero Arqueológico Hispánico. Madrid.

- Almunia, 1925: José L. Almunia, *El año arqueológico*, «Almanaque de "Las Provincias" para el año 1925», p. 207.
- Aranda, 1947: C. Aranda Palacios, *Ajuar funerario de la necrópolis de La Boatella*, III CASE (Murcia, 1947), Cartagena, 1948, p. 271.
- Ares, 1947: M.^a Amparo Ares, *Estudio de una discutible inscripción en barro*, III CASE (Murcia, 1947), Cartagena, 1948, p. 279.
- Aranda, 1948: C. Aranda Palacios, *Cronología de la inscripción Christus magis*, IV CASE (Elche, 1948), Cartagena, 1949, p. 490.
- Ballester, 1953: Isidro Ballester, NAH, II (1953), noticia n.º 732, p. 231.
- Ballesteros, 1947: Manuel Ballesteros, *Una necrópolis antigua en la ciudad de Valencia*, «Valencia atracción», XXII, n.º 148, mayo de 1947.
- Beltrán, P., 1928 a: Pío Beltrán, *Hallazgo de lápidas romanas*, ACCV, I, p. 90.
- Beltrán, P., 1928 b: Pío Beltrán, *Nueva inscripción romana*, ACCV, I, p. 169.
- Boix, 1845-47: Vicente Boix, *Historia de la ciudad y del reino de Valencia*, Valencia, 3 vols.
- Cueves, 1947: Desamparados Cueves, *Elementos constructivos romanos encontrados en la necrópolis de la Boatella de Valencia*, III CASE (Murcia, 1947), Cartagena, 1948, p. 275.
- Cueves, 1948: M.^a Amparo Cueves, *Los sarcófagos paleocristianos del Sudeste español*, IV CASE (Elche, 1948), Cartagena, 1950, p. 242.
- Chabás, 1886-1887: Roque Chabás, *Antigüedades de Valencia. El sepulcro cristiano del Museo*, «El Archivo», I, pp. 401 y 409, y II, p. 129.
- Chabás, 1892: Roque Chabás, *Los primitivos cristianos españoles y sus monumentos. IV Inscripción sepulcral del obispo de Valencia*, «El Archivo», VI, p. 6.
- Chabás, 1893: Roque Chabás, *Orígenes del cristianismo en Valencia*, «El Archivo», VII, p. 7.
- Danvila, 1891: Francisco Danvila, *Sepulcros de la calle del Puerto*, «El Archivo», V, p. 261.

- Diago, 1613: Francisco Diago, *Anales del Reyno de Valencia*, Valencia.
- Esclapés, 1738-1805: Pascual Esclapés, *Resumen histórico de la fundación y antigüedad de Valencia de los Edetanos, vulgo del Cid, sus progresos, etc.*, Valencia.
- Escolano, 1610-11: Gaspar Escolano, *Historia de la insigne y coronada ciudad y Reyno de Valencia*. Valencia, 2 vols.
- Fita, 1883: Fidel Fita, *Antigüedades romanas de Valencia*, BRAH, III, p. 54.
- Fita, 1889: Fidel Fita, *Mausoleo de los Sertorios en Valencia del Cid*, BRAH, XXXV.
- Fletcher, 1953: Domingo Fletcher, NAH, II, noticia n.º 731, p. 231.
- Fletcher, 1953: *La Tyrís ibérica y la Valencia romana*, BSCC, XXIX, pp. 291 y ss.
- García y Bellido, 1961-62: Antonio García y Bellido, *Aportaciones al estudio del proceso de romanización del SE. de la Península*, «Homenaje al Prof. C. de Mergelina», Murcia, p. 367.
- García de Cáceres, 1947: Teresa García de Cáceres, *Una cabeza de mármol, presunto retrato del emperador Trajano*, III CASE (Murcia, 1947), Cartagena, 1948, p. 261.
- Gómez Serrano, 1932: Nicolau-Primitiu Gómez Serrano, *D'Arqueologia. Excavacions de València amb motiu dels seus canterellat i eixamples ara de bell nou portats a la fi*, Valencia. (Separata de varias notas publicadas en ACCV.)
- Gómez Serrano, 1941: Nicolás-Primitivo Gómez Serrano, *Arqueología de los refugios de Valencia*, «Almanaque de "Las Provincias"», p. 487.
- Gómez Serrano, 1942: Nicolás-Primitivo Gómez Serrano, *Arqueología valenciana. Mosaico valentino-romano de la calle de Moratin*, «Las Provincias», Valencia, 19 y 30 de agosto.
- Gómez Serrano, 1946: Nicolás-Primitivo Gómez Serrano, *Excavaciones para la ampliación del antiguo palacio de la Generalidad*, APL, II (1946), p. 269.
- Martínez Aloy, 1886: José Martínez Aloy, *Sepulcro cristiano del Museo de Valencia*, «El Archivo», I, p. 314.
- Mateu y Llopis, 1941: Felipe Mateu y Llopis, *Sobre el numerario visigótico de la Tarraconense. Las cecas de Sagunto y Valencia en el primer tercio del siglo VII*, «Ampurias», III, p. 85.
- Mateu y Llopis, 1947-48: *Hallazgos monetarios*, «Ampurias», IX-X, pp. 80 y 82.
- Mateu y Llopis, 1949: Felipe Mateu y Llopis, *Las inscripciones del Obispo Justiniano y la Catedral visigótica de Valencia*, ACCV, XVII, p. 139.
- Mateu y Llopis, 1952: Felipe Mateu y Llopis, *Hallazgos en la plaza de la Almoyna*, APL, III, p. 215.
- Mateu y Llopis, 1953: Felipe Mateu y Llopis, *Las monedas romanas de Valencia*, «Numisma», III, p. 9.

- Mendes Correa, 1933: A. Mendes Correa, *Valencianos e portugueses*, «Homenagem a Martins Sarmiento», Guimaraes, p. 242.
- Olmo, 1635: *Lithologia o explicación de las piedras y otras antigüedades halladas en las çanjas que se abrieron para los fundamentos de la capilla de N.ª Sra. de los Desamparados de Valencia...*, Valencia.
- Ribelles, 1808: Fray Bartolomé Ribelles, *Ilustración de la lápida romana descubierta en Valencia en el año 1807, con motivo del ensanche de la calle del Almudín*, Valencia.
- Roda, 1954: Bartolomé Roda Soriano, *Un hallazgo de obra musivaria del siglo III*, «Archivo de Arte Valenciano», XXV, p. 60.
- Roda, 1955: Bartolomé Roda Soriano, *Aportación al estudio de la arqueología valenciana*, Valencia.
- Sales, 1766: Agustín Sales, *Declaración de una columna del emperador Hadriano, descubierta en la Vega de Valencia*, Valencia.
- Sales, 1760: Agustín Sales, *Turiae marmor super efossim sive Disertatio critica de Valentino Sodalicio Vernarum colentium Isiden*, Valencia. (Reimpreso en BRAH IV [1884], con notas del P. Fita.)
- Sanchis Sivera, 1920: José Sanchis Sivera, *La Diócesis valentina*, «Anales del Instituto General y Técnico de Valencia» (comprende varias monografías)
- Settier, 1884: José M.ª Settier, *Monumento valenciano de Isis*, BRAH, IV, p. 184.
- Tarradell, 1961: Miquel Tarradell, *Prehistòria i Antiguitat*, en «Història dels catalans», dirigida der F. Soldevila, vol. I, Barcelona.
- Tarradell, 1962: Miquel Tarradell, *La fundació de la ciutat de València*, Col. «Episodis de la història», Barcelona.
- Teixidor, 1767: Joseph Teixidor, *Observaciones críticas a las antigüedades de Valencia*.
- Teixidor, 1892: Joseph Teixidor, *Fabuloso entierro de piedras romanas en el puente de Serranos*, «El Archivo».
- Timoneda, 1570: Juan de Timoneda, *Memoria valentina en la cual se hallarán cosas memorables... desde la fundación de Valencia hasta el año 1569*, Valencia.
- Torres, 1951: Casimiro Torres, *La fundación de Valencia*, «Ampurias», XIII, p. 113.
- Tramoyeres, 1900 a: Luis Tramoyeres, *Antigüedades romanas de Valencia*, BRAH, XXXVII, p. 127.
- Tramoyeres, 1900 b: Luis Tramoyeres, *Mausoleo de los Sertorios en Valencia. Una lápida romana inédita*, «Almanaque de "Las Provincias" para 1900», p. 227.
- Tramoyeres, 1901: Luis Tramoyeres, *Una casa romana. Hallazgo arqueológico en Valencia*, «Almanaque de "Las Provincias" para 1901», p. 211.